

T
10
ION

7

QUINET

EL
CRISTIANISMO
LA REVOLUCION
FRANCESA

BT738

.F7

Qu5

R. C.



1020024907

270

2.

EL CRISTIANISMO

Y LA

REVOLUCION FRANCESA

POR

EDGARD QUINET

TRADUCIDO

POR SIRO GARCÍA DEL MAZO

Jefe de Trabajos Estadísticos en esta provincia
y redactor de *La Revista de Tribunales*.



SEVILLA.

Administración de la Biblioteca Científico-Literaria,
Lerena, 8.

MADRID.

Librería de Victoriano
Suarez,
Jacometrezo, 72.

1879.

85842

38357

Rev. L. R. Cámara,
San Juan Bautista, Nov. 11 de 1892

12. N.º.
1. 50.

BT 738

. FF

QUS

Todos los derechos reservados.



ADVERTENCIA.

Las ediciones de esta obra se han agotado hace mucho tiempo, tanto en Francia como en el extranjero. Reaparece hoy tal como fué publicada en 1845. Lo que decia entonces en el Colegio de Francia, lo digo, lo afirmo, lo repito ahora con mayor certidumbre todavía.

No tenemos otro medio de comprobar nuestras ideas que la propia experiencia. Cuando todo ha cambiado en torno nuestro en el espectáculo del mundo, si las verdades filosóficas á que nos elevamos en tiempos muy diferentes de los actuales sobreviven al cambio, si se ostentan con luz mas viva, con mayor evidencia, ¿qué debemos pensar? Que esas verdades tienen vida independiente de la movilidad de los asuntos humanos.

Un escritor tiene el derecho de desear dos cosas: que sus principios sean realizados, ó al

RIGARDO CARRASQUIN
FOLIO 207

menos confirmados por los hechos. El primero de estos deseos no ha sido cumplido para mí: el segundo lo he visto plenamente satisfecho.

El que vé desplomarse en torno suyo todas las cosas en medio de las cuales se desenvolvió su pensamiento, no debe acusar al destino si las nociones que tenia del mundo moral, léjos de oscurecerse, surgen con nueva claridad.

Vivía por estas ideas: brillan con mayor autoridad: ¿le corresponde quejarse? Aun le queda la esperanza de que muchos que rechazaban en sus lábios una enseñanza abstracta, se rendirán á la enseñanza de la vida.

Bruselas, 10 de Enero de 1857.

EDGARD QUINET.



FONDO
RIGARDO COVARUBIAS

A. M. J. MICHELET

Faltaría á este libro algo importante, en mi concepto, si no se lo dedicase, á Vd. mi amigo, mi hermano de corazón y de pensamiento. ¿Porqué casualidad se explica que desde el primer momento en que nos conocimos, juntos ó separados, no hayamos cesado de pensar, de creer, á veces de imaginar las mismas cosas, sin necesidad de ponernos de acuerdo? Este hecho ha sido siempre para nosotros la confirmación de la verdad: hace veinte años (1) el mismo combate nos reúne; es el combate eterno que sólo concluirá en Dios.

Sabe Vd. como yo que esta obra pertenece á un plan, cuyas partes precedentes son: el Gé-

(1) Hoy hace ya treinta y uno. 1857.

nio de las Religiones, el *Ensayo sobre la vida de Jesus*, nuestro libro de los *Jesuitas*, el *Ultramontanismo*. En este curso no interrumpido he tratado de la Revelacion y de la Naturaleza, de las tradiciones del Asia oriental y occidental, de los Vedas y de las castas, de las religiones de la India, de la China, de Persia, de Egipto, de Fenicia, y del Politeismo griego y romano. He estudiado á través de sus principales variaciones, el mosaismo, el cristianismo de los apóstoles, el cisma griego, el islamismo, el papado de la Edad-media, la reforma, la sociedad de Jesus, las relaciones de la Revolucion francesa y del Catolicismo: por manera que todas estas obras, diferentes por su forma, pero semejantes por el fin, tienden á componer la historia universal de las revoluciones religiosas y sociales.

Si en esta marcha hácia un fin de léjos apercibido, he acabado por encontrar, como Vd. adversarios ardientes, no han ejercido ninguna influencia sobre el carácter y naturaleza de mis ideas, así como tampoco la han ejercido sobre las de Vd. Me he aplicado á seguir inmutablemente el proyecto que habia formado cuando no contaba con un sólo enemigo. Resuelto á no desviarme de mi objeto ante las dificultades que surgiesen, no las he

combatido sino en tanto se relacionaban con esa gran polémica que todo siglo sostiene con los precedentes. Sin ningun ódio hácia las personas, estimo que la oposicion me ha sido útil cuando no ha degenerado en violencia. Para vencer las contradicciones sistemáticas me ha sido forzoso velar más atentamente sobre mí mismo, no aventurar nada que no fuese por mi parte una conviccion profunda, rodearme de pruebas, de evidencia, apasionarme únicamente por la verdad, seguro de que todo lo demás, artificios de lenguaje, belleza de estilo, fútiles adornos, habia de serme inexorablemente disputado.

Si hubiese escrito para una academia, en el fondo del retiro, sin que ningun enemigo expiase mis palabras, habria dicho lo mismo, pero tal vez no lo hubiese templado lo bastante en lo más íntimo de mi corazón: habria podido entretenerme en adornar lo que debe presentarse desnudo. En vez de que, obligado á hablar todos los dias, en público, en frente de enemigos declarados, estoy cierto de que esa especie de prueba moral é inmediata me ha contenido siempre en lo que constituye, en rigor, el nervio de mi asunto.

En nuestras costumbres modernas, el autor recluido en su biblioteca, corre el riesgo

de darse la razón con excesiva facilidad; (1) esta voluptuosidad le enerva. Necesitanse en nuestro oficio, el más peligroso de todos, momentos de lucha desesperada, para la fortaleza y pureza del pensamiento. Agradezco, pues, al cielo, que me haya libertado de una voluptuosidad temible. Cuando las enemistades se han pronunciado, léjos de experimentar ningun resentimiento, he aceptado voluntariamente la ocasión de luchar conmigo mismo y progresar en la verdad, por la precisión de escudarme con ella. ¡Tiempos estraños aquellos en que toda elevación moral se considera fácilmente como un principio de sedición!

Al trazar estas palabras, de antemano sé amigo mio, que expreso su propio pensamiento. El testimonio de nuestra amistad me

(1) Entre los escritores y obras en que me apoyo, me contentaré con citar aquí algunos que pertenecen á la literatura moderna del Mediodía de Europa: Zurita, Sarpi, Bellarmino, Loyola, Ribadeneira, Pallavicini, Paruta, Ferrante, Molina, Savonarola, Santa Teresa, Acquaviva, Maquiavelo, Galileo, Vico, Quevedo, Arcipreste de Hita, Cartas de Cristóbal Colon, de Hernan Cortés, Campanella, Ercilla, Cabrera, Filicaja, Platina, Gregorio Leti, Giannone, Muratori, Venturi, Beccaria, Sacro Arsenale, Quintana, Llorente, el Cardenal Pecci, Mont, etc., etc.

ha parecido siempre la mejor prueba de nuestra enseñanza. Si este libro convence á alguien, desearé que diga: «Hé ahí dos hombres ocupados constantemente en lo mismo, y cuya amistad se ha estrechado sin cesar hasta la muerte.»

E. Quinet.

París, Julio, 1845.